



peccionar especialmente las escuelas de baile y de pantomima, rehusaba al César en el cargo pronunciar la súplica acostumbrada en favor de la extension del poder romano; y en el presentimiento que le hacia verter lágrimas por la ruina de Cartago, como si asistiera ya á la de Roma, exclamaba: «Nuestra suerte es bastante grande; pidamos á los dioses que nos la

conserven» (141) (1). Estas palabras parecen proféticas.

Superior á ellas era otra voz que decia á la ciudad de Rómulo: ¡adelante! Y la ciudad conquistadora, soldado armado contra las naciones, cumplia su destino.

(1) Valer. Máx., lib. IV.

CAPITULO XIV

España.—Cartago.—Amilcar.—Anibal.—Sagunto.

Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como Cádiz, una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederacion de colonias militares extendidas por la costa del África. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguiáanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducia, no sólo á sostener por las armas sus establecimientos, sino á atacar sin piedad á cuantos á su engrandecimiento se opusieran. Su poderío marítimo era inmenso, y entendian el sistema de colonizacion mejor que ningun pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacia que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenian puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasion y pretexto de fijar su planta en este país de todos apetecido. Así el senado cartagines accedió de buen grado á dar á los de Cádiz el socorro que en esta época pidieron, y aparejada una flota vinieron á combatir á la Peninsula. Pelearon, pues, con los naturales en favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse á partido con los españoles, cuyo brio en más de una ocasion experimentaron, lo-

graron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil extender su dominacion por el litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirian, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entónces la conquista del país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion más oportuna. Antes bien, calculando que la amistad y alianza de los españoles podria servirles de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíanse dedicado los cartagineses á dilatar su imperio por el Mediterráneo, donde tenian los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veian éstos con recelo y de mal ojo el afan con que los de Cartago pretendian el señorío de aquellos mares, y tenian la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad. Desde 550 hasta 480 ántes de Jesucristo, aparecen posesionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios, arrojan tambien



de Córcega á los focenses, obligándolos á refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo despues contra los mismos tirrenios, sus aliados, los atacan á su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterraneo. Aparecen tambien sometidas á su dominio las islas Gymnesias ó Baleares, no sin que les costara ser alguna vez rechazados á pedradas por sus célebres honderos.

Entónces fué cuando las colonias griegas de España comenzaron á recelar de los cartagineses, y se dispusieron á aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habian encontrado en los mares con los cartagineses. Debemos al historiador Polibio el conocimiento del más antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos (1). Sin embargo, ni en esta estipulacion ni en otra que se celebró despues, se menciona á España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atención de los romanos.

En el año 480, famoso por la expedicion de Jerjes, hallaron buena ocasion los cartagineses

(1) La letra del tratado, traducida del latin bárbaro, decia así: «En los romanos y sus aliados, y entre los cartagineses y los suyos, habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegáran más allá del gran Promontorio, á no ser que á ello se vean obligados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades; que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer más de cinco dias; que los que vayan á comerciar no podrán concluir negociacion alguna sino en presencia de un pregonero y un notario; que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fe publica, ya se verifique en el mercado de África, ya en el de Cerdeña; que si algunos romanos arriban á la parte de la Sicilia que se halla sometida á Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses; que éstos por su parte no inquietarán de modo alguno á los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circceyanos, los terracinenses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan á los romanos; que si hay algunos que no estén bajo la dominacion romana, los cartagineses no combatirán sus ciudades; que si toman alguna, la entregarán á los romanos sin restriccion; que no construirán fortalezas en el país de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib., lib. III.

para abatir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga serie de guerras sicilianas, de las cuales en otra parte hemos dado cuenta. Durante aquellas sangrientas luchas, no cesaron los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increíble generosidad á servir de auxiliares. Así vemos en 413 á Aníbal Giscon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411, ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selinonte como auxiliares. En 396, acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia (1). Así, más adelante, los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía despues hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros con que poder repararse de los desastres de Sicilia.

En aquella misma Sicilia estalló en 264 una lucha de que habia de depender más tarde la suerte de España. Esta lucha fué la *primera guerra púnica*, que duró veinticuatro años, y que despues de mucha sangre vertida, costó á los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir, ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entónces los cartagineses; el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta region un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigia la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse, pues, la conquista de España.

Pero ántes tuvieron los cartagineses que dar cima á otra guerra que se suscitó en su propio país, la guerra de los mercenarios; concluida la cual, y en el año 238 ántes de nuestra era, acordó el senado enviar al mismo Amílcar Barca, que habia dado fin á esta horrible guerra, á la con-

(1) Diod. Sicul., lib. II.



quista de España, donde hasta entónces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral, y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la expedicion de Sicilia.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amílcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Murcia y Valencia. Enviáronles los saguntinos una embajada, ó recordándole ó haciéndole saber que eran aliados de los romanos. No faltarian al cartagines deseos de acometer á Sagunto, por la misma razon que ella exponia para ser respetada; mas no pareciéndole todavía tiempo y sazón para inquietar á las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entónces, y prosiguió hácia el Ebro, donde se detuvo á celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrúbal su deudo.

Importábale principalmente á Amílcar la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo, de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entónces habia seguido la política de no atacar á los que á él no le hostilizaban. Conveniale mostrarse dispuesto á hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecian.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hácia los Pirineos, y en la region de los laletanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linaje.

Meditaba ya el pensamiento de hacer la guerra á Italia tan luégo como acabára de sujetar á España (1), y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse las voluntades de los galos, cuya amistad conocia de cuánto provecho podria serle para cuando llegára aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino á distraerle la noticia de que los tarte-

(1) Cum in Italiam bellum inferre meditaretur, Cornel. Nep.

sios y los célticos del Cuneo se habian levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amílcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luégo por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien 50.000 combatientes que le esperaban, mandados por Indortes. No fué ménos feliz el cartagines en esta segunda campaña que en la primera. Más fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó, ya no obstante, á Amílcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á 10.000, ya por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, ya tambien por desconfiar de ellos Indortes, que habia podido huir; cayó despues en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz como á Istolacio. Tales fueron las primeras y desgraciadas tentativas de independencia.

Triunfante Amílcar, revolvió otra vez sobre la costa oriental, donde habia hecho construir una fortaleza, que por estar sobre una roca blanquecina se llamó Acra-Leuka, donde hoy está Peñíscola. Allí tenia sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Desde allí se comunicaba libremente con Cartago, y mantenía en respeto las colonias marselesas de los griegos, aliadas de Roma. Allí crecia el jóven Aníbal, su hijo, á quien habia traído consigo de edad de nueve años. Pronto iba á encontrar Amílcar resistencia más vigorosa que la que habia hallado hasta entónces.

Bloqueaba el cartagines una ciudad llamada Hélice ó Velice, la antigua Bellia, que se cree fuese Belchite (1). Llamaron los beliones en su socorro á otros celtíberos, que á su llamamiento acudieron á darles ayuda. Uno de sus caudillos ó régulos, llamado Orisson, fingióse amigo y auxiliar de Amílcar, y pasó á su campo con un cuerpo de tropas, pero con la

(1) El historiador Romey supone que fuese Illice, hoy Elche, equivocando á Illice con Hélice.



intencion y designio de volverse contra él cuando viese ocasion y oportunidad. Notable y extraña fué la estratagema de que los españoles entónces se valieron. Delante de las filas colocaron gran número de carros tirados por bravos novillos, á cuyas astas ataron haces embreados de paja ó leña. Encendiéronlos al comenzar la refriega, y furiosamente embravecidos los novillos con el fuego, metiéronse por las filas de los cartagineses que enfrente tenían, causando horrible espanto á los elefantes y caballos y desordenándolo todo. Cargan entónces los confederados sobre el enemigo, y aprovechando Orisson el momento oportuno, únese á los celtíberos y hace en los cartagineses horrible matanza y estrago. El mismo Amílcar pereció, segun unos ahogado con su caballo al atravesar un rio, segun otros peleando con los beliones (1). Los restos del ejército cartagines se refugiaron á Acra-Leuka.

Así pereció Amílcar, despues de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España. Gran capitán era Amílcar, y su muerte causó no poca pesadumbre á los soldados, que reunidos en Acra-Leuka nombraron por sucesor á Asdrúbal, su yerno. No hubo la misma conformidad de pareceres en el senado cartagines, dividido como estaba entre las dos celosas y rivales familias de los Hannon y los Barca. Prevalció al fin despues de acalorados debates el partido de estos últimos, como en todas las deliberaciones acaecia, y Asdrúbal quedó nombrado gobernador de España.

Deseoso Asdrúbal de vengar la muerte de su suegro y de castigar la traicion de Orisson, entróse por las tierras de Hélice, llevándolo todo á sangre y fuego, y tomó varias ciudades. Créese que Orisson cayó en su poder, y que el cartagines logró satisfacer su venganza: la historia no vuelve á hablar de aquel caudillo. Pero bien fuese que la resistencia de los pueblos del interior obligára á Asdrúbal á ajustar tratos de paz, bien que entrara en su sistema granjearse con la afabilidad y la política á sus moradores, dióse á entablar con ellos alianzas,

(1) No con los *vettones*, como sienta Cornelio Nepote, que escribió *beteones* y *betones* por *beliones*.

y más que de adquirir, cuidó de asegurar las posesiones cartaginesas.

Quiso erigir enfrente de África una nueva Cartago, una Cartago española que fuese la cabeza y asiento del gobierno en estas provincias, y fundó á Cartagena, plaza importante de guerra y puerto cómodo para el comercio con la metrópoli.

Temiendo entónces las colonias griegas del Mediterráneo la peligrosa vecindad de tan poderoso enemigo, solicitaron la proteccion de Roma, que viendo ya con celos los progresos de la república cartaginesa en España, oyó fácilmente sus votos, y envió una embajada á Cartago para obtener un tratado que diese seguridad á los pueblos que bajo su alianza vivian. Estipulóse, pues, un concierto entre Cartago y Roma, por el que se fijaba el Ebro por término y límite á las conquistas cartaginesas en España, y obligábanse además los cartagineses á respetar y mantener inviolables la libertad y territorio de Sagunto y demas ciudades griegas.

Comprometido así Asdrúbal por todos lados con recientes capitulaciones, no intentó nuevas conquistas sobre los indígenas. No sabemos hasta qué punto hubiera respetado aquel convenio si hubiera alcanzado más larga vida. Abreviósele el esclavo de un noble celtíbero, que en venganza de la muerte que el cartagines había dado á su señor, al cual unos llaman Tago y otros opinan fuese el mismo Orisson, dió de puñaladas á Asdrúbal al mismo pié de los altares en que se hallaba sacrificando. Duró cerca de ocho años el gobierno de Asdrúbal en España.

Muerto Asdrúbal, el ejército y el senado anduvieron acordes en nombrar sucesor á su hijo Aníbal, que contaba entónces sobre veintiseis años de edad.

No pudiera la república haber encomendado á manos más hábiles y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas; y la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor á los dioses y de respeto á la religion y á la santidad del juramento, no debía servir de reparo y escrúpulo al senado cartagines, con tal que en pro de la república los empleára.



Necesitaba Aníbal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba á Roma, y deseaba abatir su orgullo. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigia prudencia y preparacion, ántes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y á este fin y al de ejercitar sus tropas é imponer ú obediencia ó respeto á los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban á las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda expedicion en las tierras de los carpetanos y de los vacceos, taló sus pingües campos, rindió várias ciudades, y llegó hasta Elmantica ó Salamanca, cuyos habitantes obligó á huir con sus mujeres y sus hijos á las vecinas sierras, de donde luégo los permitió volver bajo palabra de que servirían á los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta expedicion, pasó á la capital de los arevacos, que tomó tambien. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas excursiones á Cartagena, atreviéronse á acometerle á las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y áun le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botín. Triunfo que pagaron caro al siguiente dia, en que Aníbal les hizo ver bien á su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y agueridas á una multitud falta de organizacion, por briosas que fuese, que lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasion mostraron los españoles.

Estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traía, la de medir sus armas con los romanos, y atacar á Roma en el corazon mismo de la Italia. Faltábale un pretexto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacia envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turboletas (1). No era Aníbal hombre de quien se pudiera espe-

(1) No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, á quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

rar que respetára las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habian comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera quebrantado de todos modos; pero conveniale mejor encontrar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turba, escribió al senado pintando á los saguntinos como injustos inquietadores de sus vecinos y como infractores del tratado, ó acaso más bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorizacion para vengar la injuria de Sagunto. Otorgósele el senado, y aprestóse el ambicioso general á la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados á Roma, exponiendo la apurada situacion en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con expedir una embajada á Aníbal recordándole el respeto que debía á una colonia aliada suya y requiriéndole de paz. Mas ántes de tener efecto esta resolucion, sípose en Roma que ya Aníbal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir á 150.000 hombres, provisto de todo género de máquinas é ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma á enviar diputados al campamento de Aníbal para que protestáran contra tan inicua agresion, y si continuaba las hostilidades, reclamasen al senado cartagines su persona como infractor de los tratados. Aníbal entre tanto atacaba con el ardor y fogosidad de un jóven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dió á los legados una respuesta, ó evasiva ó dilatatoria, y los envió á que expusieran su agravio ante el senado, de quien no obtuvieron más favorable acogida.

Aníbal hacia jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No sólo contestaban los sitiados con armas arrojadas, sino que hacian salidas vigorosas, que solian costar mucha gente y mucha sangre á los cartagineses. Un dia que quiso Aníbal hacer alarde de confianza, acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándo-



sele en la parte anterior del muslo, le hizo caer en tierra. Por algunos dias, mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasion los saguntinos, despacharon segunda embajada á Roma apurando por el envío de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados á Anibal, que, con su mal humor, ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose á hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasion para él de atender á embajadas; con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago á exponer de nuevo al senado su querrela.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, habia vuelto con más furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas iban derribando las torres y las cortinas del muro; mas cuando los cartagineses creian poder penetrar en la ciudad por las anchas brechas abiertas, hallaban á los saguntinos parapetados en los escombros, ú oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, ó echando mano á la terrible arma llamada *falárica*, hacian estrago grande en los sitiadores, y solian rechazarlos y reducirlos á su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartagines la reclamacion de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que habláran enérgicamente contra la conducta de Anibal y del senado mismo, distinguiéndose entre todos Hannon, que combatió duramente al descendiente de los Barca.

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barca, y el senado dió por toda respuesta que las cosas habian llegado á aquel extremo, no por culpa de Anibal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartagines continuó obrando, más robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie excedió á aquel insigne africano.

Poco descanso habian gozado los de Sagunto, mientras Anibal hubo de acudir á sosegar

á los oretanos y carpetanos, que se habian aliterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió á dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar á la muralla una gran torre de madera, que excedia en altura á los más elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella sobre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los continuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caian con estrépito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayáran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida á estrechísimo recinto, ya defendiéndose heroicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa extremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Alorco, saguntino el primero, español el segundo, que servian en las filas de Anibal, los cuales, sin conocimiento de los sitiados y obediendo sólo á su buen deseo, entablaron tratos de paz con los cartagineses. Mas las condiciones que éstos exigian eran tan duras y parecieron á los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron noticiadas llenáronse de santa indignacion y enojo. Entonces fué cuando formaron la resolucion heroica de perecer ántes que sucumbir y de darse á sí mismos la muerte ántes que sufrir la esclavitud. Diéronse á recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenian, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Antes de esto, segun Apiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperacion en la única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fué aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron á la hoguera. Arrojáronse muchos á las llamas, que consumian



alhajas y héroes á un tiempo. Imitábanlos sus mujeres, y algunas hundian ántes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses, los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto (1) despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 ántes de Jesucristo). Primer ejemplo de aquella fiera indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español, y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos (2). Fidelidad inmerecida, y bor-

(1) Polibio, Apiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.

(2) *Fidei erga romanos magnum quidem sed triste monumentum*, Flor. Epit. lib. II.

ron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heroica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro (1), en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroismo.

(1) En 1869 esta ciudad cambió su nombre por el de la heroica Sagunto.